

Montaña
Aldo Chaparro

Uno de los aspectos más gratos que tiene subir una montaña es el privilegio de ampliar el horizonte y ver el camino recorrido con distancia, enmarcado en un espacio mayor. Tener una gran panorámica recuerda el concepto de inmensidad y ubica también nuestras acciones en el tiempo.

Justamente por esta condición no resulta gratuito que la muestra más reciente de Aldo Chaparro, preparada especialmente para Nueveochenta, se titule "Montaña". Pues se trata de un grupo de piezas que contiene las investigaciones recientes y los grandes aciertos de uno de los artistas más dinámicos del arte contemporáneo en la región.

Cuando Aldo empezó su carrera en los años 80 en Lima, muchas de sus obras eran tallas de madera abstracta que pintaba con vinilos de colores, las cuales fueron determinantes para encontrar su fascinación por la tridimensionalidad y los volúmenes. Inquietudes que se han explorado sistemáticamente hasta llegar a sus famosos tótems que cuestionan esa relación entre el peso real de los mismos y la levedad que recrean visualmente. Contienen mucho también de su investigación por las formas y las geometrías prehispánicas.

Obras que de acuerdo a los ángulos que registre el espectador, se aplanan o revelan su tridimensionalidad y que por su verticalidad remiten a lo sagrado también.

Esa sensación de levedad tan importante en su trabajo, también se hace presente en su destacada serie de metales y acrílicos, presentes en la muestra, en las cuales los materiales industriales nos revelan propiedades cromáticas y evocan el gesto más elemental de la escultura: arrugar una hoja de papel.

Fueron estas piezas de los metales y los acrílicos las que plantearon mucho del devenir artístico de Chaparro, pues, aunque los pliegues de estas esculturas parezcan hechos al azar, están creados bajo una estricta lógica racional, en un combate literal del cuerpo del artista con la lámina, buscando evidenciar la constante lucha que existe entre lo racional y los impulsos subjetivos en los procesos creativos.

Aldo abandonó la pintura en los años 90 y solo hasta hace unos 6 años volvió a ella luego de un viaje por Marruecos en el que quedó sorprendido por los textiles de las mujeres Bereberes, pero esta vez se aproximó desde los mismos ejes que motivan su práctica escultórica y llegó entonces a estas series (Sin título) que estamos presentando por primera vez en Bogotá.

En algunas de ellas los planos cromáticos que parecen vectorizados y creados por máquinas, se ven atravesados por gestos impulsivos que recuerdan el graffiti y que en esa tensión racionalidad-gesto remiten incluso a las actuales discusiones sobre la permeabilidad de la Inteligencia Artificial en la pintura contemporánea. ¿Podrá un algoritmo o una máquina producir pinturas gestuales? ¿Entendiendo esa gestualidad como un ejercicio de expresión emocional libre?

Sus piezas más recientes son una explosión de gestualidad, en las que Aldo demuestra que su interés sigue estando marcado por la superficie, por las propiedades de los materiales, por el color absoluto. Pero sobre todo por la huella que su cuerpo puede imprimir a las telas. Pinturas hechas con "las tripas" que evocan a muchos postimpresionistas y que, aunque abstractas (como toda su producción) remiten a paisajes y entornos naturales, probablemente de los mismos que se registran al subir una montaña.